

LAS INTERRELACIONES CULTURALES Y LA MEDICINA MODERNA¹

Se ha hablado mucho del significado médico-social de las actividades extramuros de la Academia Nacional de Medicina, y un poco menos del efecto vivificante del diálogo con quienes sienten en carne viva los problemas médicos del país. Ambas cosas son ciertas, pero hay algo más trascendente: el ir formando conciencia de la unidad de la clase médica, sin sectarismos, ni reticencias; unidad médica para servir mejor, para buscar mayor respeto para nuestra profesión y más responsabilidad frente a la sociedad.

Decimos ahora que el mundo se ha vuelto chico porque cada día millares de viajeros van de un extremo a otro de la tierra y naves interplanetarias recorren el espacio. Sin embargo, lo que ocurre para el hombre, es que su mundo ha crecido enormemente; sus horizontes son más lejanos; nada de la tierra le es ajeno; los sucesos del más apartado país del Africa o del Oriente no sólo llegan a sus oídos y a sus ojos, sino que influyen en su propia vida.

Hablamos con temor de la especialización en Medicina, cuando en rigor ya no hay médico especialista, por mucho que lo sea, que pueda ignorar las interrelaciones orgánicas, la composición química y fisicoquímica del medio interno, los equilibrios hormonales, las reacciones de defensa, los factores nutritivos, las regulaciones nerviosas, el régimen gobernante de la mente y las corrientes y tormentas de las emociones. El médico de ahora no pretende saberlo todo; busca profundidad en un campo particular y conocimientos adecuados de la integridad funcional del organismo. No hay otro camino a seguir; así lo marca la complejidad y magnitud creciente de la Medicina.

Los adelantos científicos y sociales penetran ya a todos los rincones. Las intercomunicaciones culturales, como las geográficas, amplían el horizonte, pero lo aclaran. Vivimos en una época en que todo está ligado. La ciencia ha salido de los laboratorios y ha invadido todas las actividades humanas. Rige la economía de los pueblos; interviene en los problemas sociales y políticos; se le encuen-

¹ Leído en la Ceremonia Inaugural de las VI Jornadas Médicas Nacionales de la Academia.

tra en las artes y en las humanidades. La ciencia misma representa valores estéticos y determina problemas morales. Ya no puede aceptarse la doctrina de la neutralidad ética de la ciencia. La responsabilidad moral del científico, no puede limitarse a la devoción única a la verdad, a menos que en esta se incluyan los altos valores éticos.

La penetración de la ciencia en la vida diaria hace conocer a todos datos esenciales de física nuclear, de electrónica, de genética, de gravitación, de rayos cósmicos. Conocimientos fisiológicos y médicos son motivo cotidiano de artículos y comentarios periodísticos, de conferencias por radio y televisión y de pláticas de sociedad. El colesterol y la presión sanguínea, la cortisona y el reumatismo, las vitaminas, las hormonas y el metabolismo, las neurosis, las drogas psicoterápicas, son temas de conversación general. Ya no hay barreras para el médico que trata con enfermos que estudian sus enfermedades; quieren conocer las acciones de los medicamentos y aún llegan a explorarse. Los recursos mágicos de la Medicina se agotan cada día; el médico es un trabajador que muestra sus herramientas y expone sus doctrinas; no más lenguajes cripticos, ni escrituras cuneiformes.

Aceptemos la realidad; seamos humildes y hagamos nuestro trabajo a la luz del sol. No es pérdida salir de la magia y entrar a la ciencia. No es desdoro colgar la toga y vestirse la bata de trabajo. La llamada deshumanización de la Medicina, es la humanización del médico. El médico hecho hombre, hermano del ingeniero, del arquitecto, del obrero, del enfermo. Hombre de estudio, de laboratorio, de hospital, que maneja instrumentos y aparatos para descubrir enfermedades como un geólogo explora la tierra y un astrónomo el cielo. Este médico de ahora, de esta época en que todas las ramas del saber se entretrejen, intercambia conocimientos con el físico, el químico, el antropólogo, y también con el sociólogo, el economista y el filósofo. No se limita a estudiar enfermos, sino colabora en la planeación de obras que buscan el mejoramiento integral, económico, social y biológico de la comunidad. Este médico ya no puede trabajar solo; debe asociarse con sus compañeros de profesión y participar en las labores colectivas.

Los progresos sociales de México están produciendo sacudimientos demolidores en la clase médica mal organizada, de arraigo individualista y con recelos interfeudales. La Academia Nacional de Medicina ha venido promoviendo estudios serenos y concienzudos sobre los problemas del ejercicio profesional del médico en México y de su organización social. La Corporación, hay que decirlo una vez más, no pretende erigirse en dictadora de normas sociales, ni morales para el médico; sólo promueve el estudio del problema y quiere crear conciencia de la necesidad de que los médicos de México se unan en bien suyo y de la sociedad.

Paradoja de nuestro tiempo, el mundo se hace chico y los destinos del hombre se agigantan. El campo de la Medicina se dilata y el médico se vuelve humilde.

Es un modesto explorador de la naturaleza, un sencillo servidor de la sociedad, un estudiante de la ciencia integral del hombre; sólo cifra su grandeza en la moral inmanente de su profesión y en el más noble sentido de su oficio: preservar y promover la vida, es decir, lo más excelso de todo lo que es; preservar y promover la vida del hombre, cúspide de la naturaleza, medida del mundo y luz para penetrar a lo ignoto.

EFRÉN C. DEL POZO
